

El hilo de Ariadna: intercambios rioplatenses y estrategias comerciales urbanísticas de Francisco Piria¹

◆ *Gustavo Vallejo*

Desde comienzos del siglo XX, la realización de un puente para vincular ambas márgenes del Río de la Plata comenzó a rondar por la cabeza de muchos funcionarios, técnicos e inversores uruguayos y argentinos. La continuidad en el tiempo de una idea en la que parece resonar permanentemente la sainsstimoniana fe en la gestación de un orden económico mas justo por efecto de la comunicación de los pueblos, es un dato por demás significativo en el devenir de las sociedades rioplatenses. En efecto, articulando las expectativas de desarrollo de ambas naciones desde una amalgama entre modernidad e integración regional, la propuesta del puente binacional, se sobrepuso a épocas en que técnicamente resultaba cuanto menos dudosa su factibilidad, pero también a agudas crisis y vaivenes que propiciaron procesos modernizadores al amparo de integraciones panamericanas, o bien rechazaron la “seducción” de los “calibanesco” engaños del progreso material para refugiarse en lazos de “hermandad” que el arielismo contribuyó a cimentar en el subcontinente latinoamericano. De todas formas, y aún cuanto más extremas se hicieron las oposiciones ideológicas, el precio de

¹ Trabajo presentado en el Seminario “Estado y Sociedad en el Río de la Plata (1880-1930)”, dictado por el Doctor Gerardo Caetano en el Doctorado en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Dicho Seminario integró a su vez el “Programa de Historia Social Rioplatense 1880-1990”, organizado por el Centro de Investigaciones Socio Históricas y dirigido por los Doctores José Panettieri, Waldo Ansaldi y Gerardo Caetano.

◆ Fundación Antorchas; Doctorando en Historia Facultad de Humanidades y Cs. de la Educación; IDEHAB; Facultad de Arquitectura, UNLP.

abrazar excluyentemente la modernidad o la tradición regional, que puede hallarse en el desinterés por la integración entre “países pobres”, o el rechazo de los recursos –económicos y técnicos– del mundo desarrollado, no interrumpió las representaciones colectivas que se siguieron construyendo en relación a los beneficios que reportaría unir físicamente las dos orillas del Río de la Plata.

Ahora bien, la pregunta por la forma en que se construyeron esas sólidas representaciones, y el papel jugado por las relaciones establecidas entre cada Estado y su sociedad, abre un vasto abanico de factores, entre los cuales, la irrupción del turismo adquiere una particular relevancia. Indagar en esta nueva práctica de la modernidad, las incipientes costumbres y las normas que desde el poder buscaron moldearlas y estimularlas hasta convertirlas en un muy redituable servicio, nos coloca en el inicio de un problema de larga duración que, si bien excede los límites de este trabajo, ilumina aquellos aspectos de la historia de los intercambios rioplatenses vinculados a los movimientos seguidos por el capital, de una a otra orilla, sobre los que nos vamos a concentrar.

La necesidad de comunicación a raíz de las nuevas formas de sociabilidad que estimuló el turismo, en tanto factor generador de imaginarios colectivos y de mecanismos de especulación urbana, nos presentan un entramado de problemas que involucran directamente las operaciones del empresario uruguayo Francisco Piria dentro de las particularidades que presentan el proceso de construcción de la ciudadanía en las sociedades rioplatenses. Este proceso no será aquí entendido como un mero telón de fondo, pasivamente desplegado por detrás del personaje que ocupa el centro de la escena, sino como un condicionante decisivo que interactúa permanentemente con él, modificándose e induciéndolo a modificar sus estrategias. El trabajo entonces, pretende dar cuenta del accionar de Piria en directa correspondencia con las transformaciones en la sociabilidad de las culturas rioplatenses modernas y con ofertas y demandas de servicios, que a fines del siglo XIX y comienzos del XX dejaron latente la posibilidad de que grandes organizadores de negocios satisfagan las necesidades de lo que pasaría a constituir un nuevo espacio económico rioplatense.

En la consolidación de estos nuevos servicios, basados en una elitista forma de disfrutar el ocio que irá democratizándose hasta atravesar, de arriba hacia abajo, a distintos sectores sociales para articularse con la consagración de la jornada laboral de ocho horas –a la que se irá sumando el domingo no laborable, el “sábado inglés”, las vacaciones pagas, etc.–; una particularidad se encuentra en el claro delineamiento geográfico trazado desde las principales ciudades rioplatenses de los sitios que por proporcionar belleza natural y salubridad, reci-

birían las temporarias visitas ciudadanas empezando por la “gente decente”. Allí comenzaron a evidenciarse rivalidades que finalmente confluirían en una tácita aceptación de roles complementarios: las atractivas características geográficas de la costa uruguaya tenían en contrapartida un pobre paisaje natural de la costa de Buenos Aires, en tanto que la particular intensificación en esta última metrópolis de procesos inmigratorios y de acumulación de capital, generaban una mayor vivacidad en su faz económica. Podría decirse entonces que ya en torno a 1880 comenzó a tomar forma una relación dialógica basada en la idea de que una orilla reunía los atributos naturales y la otra los que genera el capital (recursos económicos y un amplio mercado). En síntesis, de un lado estaba la naturaleza y del otro la oportunidad.

A comienzos del siglo XX, se consolidó el “Uruguay turístico”, para convertirse en un elemento clave de la economía de ese país, a partir de la oferta de servicios dirigida especialmente a la Argentina.² Desde Buenos Aires, la explícita asimilación del rol complementario a aquel, quedó expuesta cuando, en 1913, surgió la propuesta de vincular ambas capitales rioplatenses con un tren eléctrico que se desplazaría en un túnel subfluvial. Su autor, Benigno Benigni, la presentó al Centro Nacional de Ingenieros de Buenos Aires preguntando: “¿No sería placentero salir por la mañana de Buenos Aires, ir a bañarse en las encantadoras playas de Pocitos o Ramírez y volver para el almuerzo o por la tarde a su casa? ¿No nos gustaría (hablamos para los que viven en Buenos Aires) disponer de medio día más para nuestros negocios o entretenimientos familiares?”³

La subyacente convicción de que el negocio estaba en Buenos Aires y el ocio en Montevideo y sus playas aledañas, abrió paso a los intentos por usufructuar lo que comenzaron siendo prácticas aisladas, ya sea desde el poder del Estado o bien desde el que podía construir un empresario enriquecido en operaciones inmobiliarias como lo era Francisco Piria, para quien su incursión en el negocio turístico no fue sino la circunstancial respuesta de un hábil inversor a una situación propicia para estimular otros negocios en el Río de la Plata. Rematador de más de setenta barrios que conforman hoy la planta urbana de Montevideo y fundador de *Pririápolis*, la búsqueda por articular en sus operaciones, naturaleza y oportunidad, irá instalando el centro de su interés en el deseo de “triunfar” en el mercado argentino luego de explotar las “extraordinarias riquezas” uruguayas, en la convic-

² Véase Jacobs, Raúl, (1988) *El modelo batllista. Variación sobre un viejo tema*, Montevideo, Nuevo Mundo. Especialmente ver el capítulo “Mirando al hermano argentino”, pp. 89-175.

³ Véase Benigno Benigni (1913) “Sobre un proyecto de comunicación ferroviaria directa entre Buenos Aires y Montevideo”, en *La Ingeniería* N°363, Buenos Aires, pp. 221-225.

ción de que a través del Plata daría con “el hilo de Ariadna” que lo pondría “en presencia de un país fantástico”.⁴ Precisamente en ese triunfalismo perseguido por un uruguayo en el mercado argentino, que es su triunfo individual enmascarado por colectivos de los que se valió para legitimarse ante los diferentes sectores de la sociedad uruguaya, se encuentra el más directo punto de vinculación que sus singulares acciones mantienen con una casi desconcertante producción textual:⁵ ya sea al avisorar *El socialismo triunfante* (1898) donde, aún cuando el contenido apunte en un sentido contrario –bien podría haberse llamado “El capitalismo triunfante”–, el propio título contribuyó a cimentar su ya ganada, a costa de hábiles estrategias publicitarias, fama de “benefactor de la gente pobre”; o bien preanunciando “el triunfo de Piriápolis” (1925), su preciada creación urbanística, ante un Estado que respondió concediendo concretos beneficios.

La figura de Piria, bastante conocida en Uruguay,⁶ constituye en cambio una gran incógnita en la otra orilla del Río de La Plata, acrecentada a partir de abundantes mitos construidos en torno a la actividad desplegada en la última etapa de su vida en la ciudad de La Plata,⁷ que representa quizás su más grande fracaso, el desvanecimiento de lo que esperaba que fuera la material demostración de su “triunfo” en la Argentina. De su ambiciosa iniciativa urbanística impulsada en 1925 sólo perdura en el aspecto físico, un Palacio estratégicamente dispuesto frente a la costa de Punta Lara –localidad perteneciente entonces al partido de La Plata– adquirida por Piria en su totalidad, y que parece empeñarse en esperar la llegada del puente internacional. El azar y la razón de un individuo que es a la vez un visionario y un aventurero afortunado, un utopista y un especulador, un gestor de grandes negocios inmobiliarios y un emprendedor de profecías autorrealizadoras,

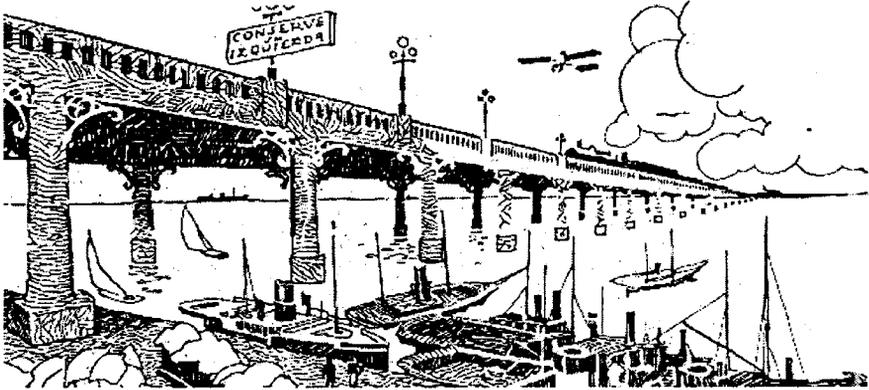
⁴ Piria, Francisco; (s/f) *Riquezas desconocidas del Uruguay*, Montevideo, Tipografía El arte.

⁵ En textos que él mismo editaba con tiradas de 20.000 ejemplares, Piria, oculto tras distintos seudónimos, combinaba fantasía y realidad en ensayos que repasaban los principales problemas que aquejaban al país y en especial a los sectores populares carentes de vivienda digna. Para ambos ofrecía sus soluciones, contenidas en utopías y planes de gobierno y en las facilidades para acceder a la propiedad de la tierra.

⁶ Muchos trabajos se han detenido en distintos aspectos de la actividad de Francisco Piria en Uruguay. De ellos nos hemos basado especialmente en Caetano, Gerardo, (1982), “Los vaivenes de la estrategia conservadora”, en *Cuadernos del CLAEH* n°23, Montevideo; Álvarez Lenzi, Ricardo; Arana, Mariano y Bocchiardo, Livio. (1986) *El Montevideo de la Expansión*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental; Martínez Cherro, Luis (1997) *Por los tiempos de Piria*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental; Caetano, Gerardo, (1999) “Recuerdos del futuro”, en *Brecha gorda* n° 684, Montevideo; y material periodístico proporcionado por las investigadoras Cecilia Ponte y Susana Antola en el Instituto de Historia de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de la República.

⁷ Sobre la actividad de Piria en La Plata poco se ha avanzado más allá de datos periodísticos que reproducen mitos populares. Un reciente aporte dirigido fundamentalmente a contextualizar esa actividad dentro de las transformaciones llevadas a cabo en la costa de La Plata, es el de Ottavianielli, Ana, (1999) “Costa y utopía. Ideas y proyectos en la costa sur”, en *Premio Anual. Arquitectura, Urbanismo, Investigación y Teoría* 98, La Plata, CAPBA, pp. 142-146.

confluyen en este empedernido y no menos excéntrico urbanizador, responsable de tempranas estrategias de integración reconocibles en el cruce de su producción textual con las “marcas” territoriales dejadas en una y otra orilla.



Aire puro para los sectores populares y turismo para las elites

Cuando en 1880 el viajero norteamericano Henry Patrick recorrió distintos puntos de Montevideo, asoció la incipiente ocupación territorial de sus suburbios a una repudiable forma de ascenso social. El viajero, no tardó en percibir cómo un sector de la sociedad beneficiado por abastecer a los ejércitos beligerantes durante la Guerra del Paraguay, destinaba las grandes sumas obtenidas en levantar sus “palacetes” en quintas a las que se dirigían los fines de semana y durante el verano. Además de revestir interés debido a que Henry Patrick no era sino uno de los seudónimos utilizados por Francisco Piria, el relato también revela cómo muy disímiles consecuencias percibidas de la Guerra del Paraguay, en una u otra orilla del Río de la Plata, conducían a un hábito en común. Como contrapartida de esa situación descrita, por efectos directos de la contienda, Buenos Aires padeció una larga sucesión de epidemias —cólera, tifus, viruela y difteria—, introducidas por soldados combatientes a su regreso del campo de batalla, hasta llegar a la pandemia de fiebre amarilla de 1871 que terminó con el 20% de la población. De aquí en más, en la elite porteña, la costumbre de alejarse de la ciudad en los meses de verano se convertiría en necesidad, donde el recuerdo del horror vivido se articuló con preceptos higienistas sobrevaloradores de localizaciones “altas” donde circulara el “aire puro”, en oposición a los efectos perniciosos de pantanos y “miasmas”

a los que se había atribuido el origen de la tragedia de 1871; mientras que con el mayor romanticismo atribuido por Henry Patrick al traslado periódico de familias montevidéanas de la ciudad al campo, éstas lo hacían por placer a las quintas que se hallaban en torno al arroyo Miguelete, el Paso Molino y el Paseo de las Duranas. Es decir que si el hábito de alejarse de la ciudad temporariamente aunaría a las formas de vida de nuevos burgueses montevidéanos y porteños, el inicio de este proceso parecía traer aparejado un elemento diferencial: los argentinos veraneaban por necesidad y los uruguayos por placer.⁸

No es un dato menor que fuera Piria quien se interesara tempranamente por denostar las formas de disfrutar el tiempo de ocio que tenía la elite uruguaya y los espacios que ocupaba desarrollando esa actividad. Desde que comenzara su tarea de rematador, en 1874, la promesa del acceso a la propiedad en tierras “salubres”, fue un poderoso estímulo para atraer a los sectores populares hacia sus lejanos loteos, explotando su exigua capacidad de ahorro a través de ventas en mensualidades que llegaban a amortizarse en treinta años, y convirtiéndose, por ello, en el principal operador inmobiliario del Uruguay. Sus operaciones especulativas, encaradas desde la empresa “La Industrial” y acompañadas de moralizantes textos que preanunciaban el anhelado ascenso social a ser alcanzado por medio del ahorro y el acceso a la propiedad de la tierra, tuvieron una inusitada acogida en los sectores más necesitados. Dentro de esta estrategia publicitaria, las ventajas de la altura y la circulación del aire en barrios que ofrecía “La Industrial” bajo el sugestivo calificativo de “nido de cóndores” o “verdadera Suiza”, la higiene y la ausencia de “miasmas” completaron las exitosas consignas esgrimidas. Poco afectó a este éxito la real condición que poseían los terrenos vendidos, muchos de los cuales tuvieron que esperar bastante tiempo para convertirse efectivamente en “higiénicos”, al ser alcanzados por las redes de infraestructura sanitaria que el Estado inicialmente instaló en áreas consolidadas del centro de Montevideo.

Hacia 1880, Piria ya había realizado loteos dirigidos a la colonia italiana, protagonista, como en la Argentina, de la primera gran oleada inmigratoria que comprendió también a sus padres de origen genovés, y que proporcionó en Uruguay la más numerosa fuerza de trabajo no calificado de la que emergía la clase obrera urbana. Para ese homogéneo fragmento de la sociedad que ocupaba atestados conventillos de Montevideo —en 1878 constituía el 15% de la población—, Piria fundó en los suburbios de la capital uruguaya los Barrios “Nueva Roma”, “Castelar” y “Nueva Génova”, “Nueva Savona” y “De los Italianos”. En los italia-

⁸ Aunque sin alcanzar los índices de Buenos Aires, Montevideo también sufrió epidemias como las de viruela en 1871 y de fiebre amarilla en 1872 y 1873.

nos y después también en los españoles –en 1882 creó el “Barrio de los españoles”–, Piria identificó “al Pueblo Oriental”, conformado por aquellos que despectivamente y “por antonomasia se los llama extranjeros” a pesar de que constituyeran “el elemento de orden, de progreso”, al que “se le debe nuestro porvenir”.⁹

En contrapartida a la conquista del suburbio “aireado”, que emprendían los sectores populares detrás de los histriónicos anuncios de Piria, la costumbre de la elite de pasar el verano en sus grandes propiedades extraurbanas, representaba el mayor obstáculo del proceso de subdivisión de la tierra. La crítica era de índole moral porque emblematicaba la renuncia temporal al trabajo entendido como deber individual para el desarrollo armonioso de la sociedad. Y era de orden económica puesto que el “despilfarro” ponía en cuestión las virtudes del capitalismo responsable predicado por Piria y residentes en el ahorro y la inversión. Subyacía siempre una sobrevaloración de las virtudes de la acumulación en oposición a los vicios atribuidos al consumo, que encontraba una particular recepción popular en la saintsimoniana invocación al desarrollo de las fuerzas económicas productivas como condición previa para alcanzar una sociedad igualitaria.

Mientras tanto, en la otra orilla, la necesidad, había intensificado en la elite porteña la “saludable” costumbre de salir en busca de “aire puro”, que, inducida por la ausencia de límites geográficos, se orientó inicialmente hacia el oeste y el norte de Buenos Aires (al sur se hallaba el ya contaminado Riachuelo y al este el Río de la Plata). A los cercanos suburbios de Flores, Belgrano, Villa Devoto y Caballito, convertidos luego en barrios de Buenos Aires, se agregaron mayores travesías que llegaron a San Fernando, Lomas de Zamora y especialmente a Adrogué y Tigre, donde además de quintas también se levantaron suntuosos hoteles que, finalizando la década de 1870, introdujeron la ruleta. El juego así (en la ruleta como lo era también en la Bolsa), constituía un insustituible atractivo para la nueva burguesía argentina, enriquecida por una relación comercial de dependencia con el capitalismo inglés que estimuló en ella el desarrollo de interacciones económicas fundadas en el aumento del consumo local. Cuestionando desprejuiciadamente la decimonónica “moral del trabajo”, la burguesía argentina encontró entonces, en lo que Veblen llamó el “consumo ostentatorio”, una forma de transferir importantes sumas provenientes de la favorable renta diferencial que dejaba el puerto de Buenos Aires en la demostración ante los demás de la condición social alcanzada. Disfrutando de una *belle époque* que disimulaba el progresivo paso de una economía de producción –agrícola-ganadera– a otra que era sólo

⁹ Piria, Francisco (1882) *Henry Patrick en busca del Pueblo Oriental*, Montevideo, Imprenta y Encuadernación de Rius y Becchi, p. 43.

de consumo de los excedentes que durante algunos años aquella había dejado, al menos dos generaciones de argentinos de la alta sociedad se formarían aprendiendo mucho más cómo consumir —construyendo palacios, coleccionando manifestaciones artísticas de la “alta cultura” europea, o también y fundamentalmente viajando temporariamente y jugando— que reinvertir productivamente los excedentes.

La burguesía uruguaya también participó de esta espiral de consumo que diversificaba su estada en quintas para agregar también viajes y hospedaje temporario en las afueras de Montevideo en hoteles como el Biltmore en Santa Lucía y el Suizo en Colonia Suiza, creados en 1872,¹⁰ haciéndose cada vez más difícil en ambas orillas discernir hasta dónde llegaba el placer y donde comenzaba una necesidad, que era ahora la de participar del “consumo ostentatorio”.

La diáspora de los porteños también incluyó el sur como destino, cuando, expulsados los “insalubres” establecimientos saladeriles que contaminaban desde el Riachuelo al puerto de Ensenada, se tendió una vía férrea que estimuló la “huida” a nuevos pueblos, como el que creó en tierras de su gran estancia Martín Iraola, con el nombre de Tolosa. Siguiendo unos pocos kilómetros más en esa dirección se hallaba el casco de dicha estancia, expropiado en 1882 para fundar la nueva Capital de la provincia de Buenos Aires, a una distancia que no alteró la continuidad del monopolio de los principales sucesos políticos en la ciudad de Buenos Aires y en cambio estimuló el permanente traslado a ella de políticos y funcionarios provinciales “confinados” a vivir en un esbozo de ciudad que rápidamente tuvo palacios para el desenvolvimiento de su burocracia pero no demasiados espacios para la sociabilidad. En parajes intermedios surgidos de la progresiva división de aquella gran estancia, destacados personajes del ámbito local levantarían sus quintas para disfrutar del “aire puro”.

En 1888 nació el pueblo de Villa Elisa, a partir de la residencia que con ese nombre levantara el español Luis Castells, en un loteo que al contar además con las quintas de Médici, Ayerza, Terrero, Solá y Uriburu, acrecentó los atractivos que permitían ofrecer al mercado parcelas de “un edén” que no tenía nada que se le parezca alrededor de Buenos Aires.¹¹ Además de estas propiedades, Castells

¹⁰ Jacobs, Raúl, *op. cit.*, p. 91.

¹¹ “Colosal Remate, por mensualidades en Villa Elisa. Fijarse bien en Villa Elisa, con sus grandes Palacios y pintorescos parques [...]. Villa Elisa tiene grandes boulevares, plazas, jardines, todos con árboles plantados por el conocido jardinero de Montecarlo, Señor Forkel, cañerías de aguas corrientes [...]. Existen actualmente concluidos varios palacetes y muchos otros hay en construcción, en fin aquello es un edén y no existe alrededor de la Capital un paraje que se le acerque en importancia [...]. La Estación Empalme Pereyra está comunicada con los ferrocarriles de la Provincia: Ferrocarril Sud y ferrocarril Buenos Aires y Puerto de la Ensenada”. *La Prensa*, Buenos Aires, 11 de diciembre de 1889.

habilitó su quinta en una importante fracción extendida desde las vías del ferrocarril hasta el Río de la Plata.

Indudablemente, el mayor obstáculo para la “huida” porteña, asociada a los destinos de las líneas del ferrocarril preponderantemente controlados por el capital inglés, lo representaba el Río de la Plata, y aún así, ello no impidió que tempranamente se pensara en traspasarlo. De todas formas, ese límite geográfico fue efectivamente traspasado, aunque no directamente, sino que hicieron falta algunos merodeos previos por localidades uruguayas que aparecieron en la prolongación de la ruta de viajes hacia el norte. Continuando más allá del Delta por el río Uruguay, y cruzando desde allí a la costa oriental, los porteños dieron con Mercedes, una localidad que pasó a ser visitada por familias convencidas de que las aguas del Río Negro eran milagrosas y curaban enfermedades antes de ser desacreditada por informes científicos. Una vez establecido ese recorrido, no demasiado lejos aparecerían en Uruguay otras alternativas “salutíferas” para estos contingentes. Efectivamente, en su abandono de las aglomeraciones urbanas que traían las epidemias de cólera o de fiebre amarilla, los porteños, atraídos por las propiedades curativas atribuidas al agua, no tardarían en hallar una nueva práctica social de la que ya participaban los uruguayos. Para 1871 ya existían las instalaciones balnearias de la playa Ramírez y en 1875 se inauguraron las de Pocitos.

Después de los distintos recorridos seguidos, los porteños llegaban a la playa uruguaya para iniciar, con sus periódicos retornos, una nueva etapa en la historia de los intercambios rioplatenses, en la que comenzaba a prevalecer el hábito de dirigirse a las localidades balnearias por sobre el de trasladarse a quintas suburbanas proporcionadoras de “aire puro”. A pesar de que estas últimas no desaparecían, se extendía en el imaginario de elites argentinas y uruguayas la idea de que el verano más que un período para “tomar aire”, como lo había sido, representaba la “temporada de baños”.

Las excursiones veraniegas de argentinos en Uruguay aumentaron a comienzos de la década de 1880, cuando el abaratamiento del transporte fluvial y la difusión de los primeros visitantes sirvieron de estímulo para que más familias se decidieran a visitar los “baños de Los Pocitos” y la Playa Ramírez. En Buenos Aires surgieron propuestas bastante curiosas para evitar ese movimiento: en agosto de 1882 un empresario solicitó a las autoridades nacionales la concesión de 100 metros de costa de Buenos Aires para realizar “estanques” con agua de mar y duchas.¹² *El Siglo* de Montevideo respondió que “aún cuando se realice

¹² El agua de mar provendría a través de cañerías de San Clemente del Tuyú. *La Nación*, Buenos Aires, 25 de agosto de 1882.

esta empresa, nada tememos por nuestras playas. El arte, en este caso, no suplirá a la naturaleza: siempre tendremos la mayoría que forman los bañistas por placer, y los que disponen de recursos para abandonar sus lares buscando salud y alegría en las olas, en las rocas, en la arena, cosas que es imposible hallar en un estanque. Todo lo que podría resultar sería que el espíritu de empresa embelleciese nuestras playas, aguijoneado por una competencia ilimitada”.

Algo más que “estanques” y agua de mar en ducha harían falta para contrarrestar con éxito los cada vez más numerosos viajes de miembros de la alta sociedad argentina a los atractivos “baños de Montevideo”. Así es que prolongando hacia el sur un itinerario de viajes para llegar bastante más allá de La Plata, y de la costa bonaerense bañada por agua dulce, hasta el mar, los porteños “descubrieron” bondades que llegaba a justificar la realización de un agobiante viaje en galera para encontrarse con “los baños de Mar del Plata”, con fama de ser “superiores a los de la vecina orilla” sobre todo por razones de salud. En 1886 el ferrocarril conectó Buenos Aires con Mar del Plata y mejoró por completo las condiciones en que viajaban sus primeros visitantes, entre los cuales se hallaba Dardo Rocha, gobernador de la provincia de Buenos Aires (1881-1884), quien precisamente ordenó el inicio del tendido de vías férreas después de su viaje de 1883, cuando, al conocer esa localidad, llegó a expresar que allí –y no en las lomas de Ensenada como finalmente lo hizo–, hubiera fundado la Capital provincial en 1882 de haber realizado ese viaje con anterioridad.

Con la llegada a la playa en la costa atlántica, la moda impuesta en Europa y practicada desde hacía unos años en Uruguay, ponía en mayor evidencia ante la elite argentina el surgimiento de un peligroso territorio del vacío ético y de la sensualidad, que hacía falta disciplinar para evitar transgresiones al orden establecido. Así, la temporada marplatense de 1888 recibió a un importante número de porteños con el suntuoso Hotel Bristol, una plataforma que dio origen a la primera rambla de madera y casillas que bañeros transportaban hasta la orilla del mar para evitar exposiciones de parte del cuerpo antes que, casi sin solución de continuidad, éste fuera cubierto por el agua del mar. Pero también lo hizo con un “Reglamento de baños” que tendría una larga vigencia, y por el cual se buscaba “adecentar” la drástica irrupción de lo privado en el espacio público, contenida en la exhibición con mayor naturalidad de cuerpos desprovistos de la necesaria distancia que establecía la “etiqueta”, ante la presencia del “otro”. Con el Reglamento las autoridades trazaron los límites de lo público y lo privado, convencidas de que las cosas estaban en su lugar si a falta de ropa aparecía la norma para proteger los cuerpos de la mirada indiscreta y evitar todo tipo de contactos entre individuos de distinto sexo.

Para ello quedó establecido que: “1) Es prohibido bañarse desnudo. 2) El traje de baño admitido por este Reglamento es aquel que cubra el cuerpo desde el cuello hasta la rodilla. 3) En las tres playas conocidas por del Puerto, de la Iglesia, y de la Gruta no podrán bañarse los hombres mezclados con las señoras, a no ser que tuviera familia o lo hicieran acompañado de ellas. 4) Es prohibido a los hombres solos aproximarse durante el baño a las señoras que estuviesen en él, debiendo mantenerse al menos a una distancia de treinta metros. 5) Se prohíbe en las horas de baño el uso de anteojos de teatro u otro instrumento de larga vista, así como situarse en la orilla del agua cuando se bañaren las señoras”.

El Reglamento era para la elite una forma de preservar sus ámbitos de actuación que, en función del acatamiento a las exigencias de la formalidad, reinstalaba la vieja antinomia civilización o barbarie como recurso socialmente excluyente. Se trataba de una disciplina establecida para garantizar la preservación del control de ese espacio por quienes, además, fijarían los únicos horarios en que podía usar la playa el personal doméstico, y donde, lo que sintetizaba la pertenencia a ese selecto grupo era la exhibición de la “etiqueta”.

Debajo de la “etiqueta”, existía en muchos casos un fuerte rechazo a lo que fuera más allá de los paseos, del “flirteo”, para, en definitiva, entablar un directo contacto con la naturaleza, con el agua, con el mar. Perduraba lo que positivistas como Bunge consideraban la “vida antihigiénica” de la España católica, que proscribió las ciencias y consideró “concupiscente y pecaminoso el cuidado del cuerpo, incluso las abluciones”, y Sarmiento incluso al asociar civilización con el contacto con el agua, denunciaba lo que las apariencias ocultaban en quienes para “andar aseados se mudan los cuellos de camisa todos los días”.

Pero ese corsé auto-impuesto ante una mirada que exigía el estricto control de los rituales de la formalidad para admitir el reconocimiento social, reavivó el interés por la costa uruguaya, donde, para la elite argentina, apareció un espacio para disfrutar la exclusividad sin que ésta dependiera tanto de la “etiqueta”. En este sentido, el proceso de modernización en la Argentina que traía aparejado la preeminencia del laicismo sobre los dogmas religiosos en las instituciones encargadas de organizar el desenvolvimiento de una nueva nación, tuvo un éxito mucho mayor en la esfera pública que en la íntima de las conciencias, donde ancestrales prejuicios retardaban entre otras cosas la aceptación social del contacto del cuerpo con el agua. La sociedad uruguaya en cambio entraba en el mismo proceso con una mucho más tenue carga cultural, producto de la débil presencia de la Iglesia, que connotaría de singularidad a su emergente ciudadanía y donde la función de controlar las conciencias recayó en el inusitado poder adquirido por la Medicina,

constituida en un verdadero saber corporativo que otorgó a sus cultores una legitimación científica para consolidarse como una verdadera clase dominante. Aún entre la “moralización de la medicina” y la “medicalización de la moral”,¹³ que en el Uruguay del novecientos confluyeron para equiparar a la culpa, el placer, y transferir el ideal de una vida sana, del alma libre de pecados al cuerpo libre de placeres; existió un espacio de mayor libertad que el de una sociedad argentina, controlada por un equivalente poder médico y también por prejuicios religiosos. Un clima de mayor liberalidad en las costumbres ya había sido reconocido a fines de la década de 1860 por el argentino Guillermo Enrique Hudson, quien –a través de su personaje Richard Lamb– encontró en Montevideo “gentes que amaban la libertad individual” y “el saludable juego de las pasiones”. Allí “la constitución no escrita, más importante que la escrita está en el corazón de cada hombre para hacer de él, pese a todo, un republicano y un hombre libre con una libertad que sería difícil de igualar en cualquier parte del globo”.¹⁴

Los importantes atributos naturales de Mar del Plata puestos al servicio del ocio no fueron suficientes entonces para evitar que la costa uruguaya siguiera recibiendo contingentes de argentinos. Aún cuando en 1890 la crisis económica y financiera encareciera estos viajes e incentivara la creación de los balnearios de Quequén y Necochea en la provincia de Buenos Aires, el flujo se interrumpió sólo momentáneamente, para que luego reaparezcan en la plácida Montevideo “hombres argentinos que abandonan sus prevenciones partidistas, y damas que se despojan de sus preocupaciones sociales”.¹⁵

Con estos habituales contingentes, la relación dialógica entre las dos orillas tuvo una rápida localización espacial, inducida por la distancia en que se encontraban las playas concurridas del centro poblacional, y la apropiación por parte de argentinos y uruguayos de sitios que podían resultar más o menos exclusivos. “La Playa Ramírez situada casi en el centro de la ciudad, es un paseo económico que puede hacerse por vía de distracción y concurren a ella todas las clases sociales: la de los Pocitos es más aristocrática y está reservada a gentes de cierta posición”. Como consecuencia de ello, “en la playa Ramírez se encuentran como en su casa las familias del país y los extranjeros (entiéndase argentinos) acuden a ella, ansiosos de conocer la sociedad montevideana: en Los Pocitos están como en su casa los extranjeros y acuden las familias orientales a conocerles y agasajar-

¹³ Barran, José Pedro, (1995) “La moralización de la medicina”, en *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos. La invención del cuerpo*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, tomo 3, pp 21-54.

¹⁴ Hudson, Guillermo Enrique, (1992) *La tierra purpúrea*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, p. 190.

¹⁵ *Caras y caretas*, (1907) Buenos Aires.

les”.¹⁶ En Pocitos, donde se levantó el “Hotel de los argentinos”, podía hallarse la vivienda de los Mihanovich, a quienes los viajes que sus buques realizaban de Buenos Aires a Montevideo le significaron una nada desdeñable fuente de aumento de su riqueza.

También las prácticas sociales distinguían a unos y otros. A la popular Playa Ramírez se concurría por la tarde mientras que a la aristocrática de Pocitos se lo hacía por la noche, donde su “rambla iluminada a luz eléctrica, es pequeña generalmente para contener el número de personas que la visitan”.¹⁷

Con las prácticas en la playa y aquellas que continuaban manteniéndose en las casas de campo y quintas suburbanas, argentinos y uruguayos comenzaban a modelar nuevas costumbres en el uso de su tiempo libre, antes de que éstas se vieran *coersionadas* por las delimitaciones de un término. La nueva moda todavía carecía de una denominación más adecuada que la palabra italiana *villegiatura*. Con ella se aludía al “placer que se goza en las casas de campo italianas, el tiempo que en ellas se pasa, y por extensión las casas mismas y sus dependencias llamadas villas”. Y ese término era empleado para significar “el tiempo de goce en las casas de campo”, el traslado a la playa que constituía la *villegiatura* “más cara”, donde se “mantenía la vida incómoda de la etiqueta, del lujo, de la mentira”,¹⁸ y la concurrencia a casas de baños “donde los porteños pueden nadar como tritones en las piletas y las bañaderas”.¹⁹

En Uruguay, Francisco Piria se preocupó especialmente por las implicancias que tenía la continuidad de la más tradicional de aquellas ideas: el “consumo ostentatorio” que hacían las familias más acomodadas de Montevideo en sus periódicos movimientos de la ciudad hacia el campo, desaprovechando “la magnífica campiña que tenemos” para invertir por esa *villegiatura* grandes sumas de dinero en palacetes ubicados Bella Vista y Yatay, “edificados por la mera ambición de figurar”.²⁰ Para Piria este movimiento de las elites, no debía ocluir sus negocios con los sectores populares, por eso la presencia de argentinos en la playa resultaba menos incómoda que la de uruguayos “ricos” en territorios que no fueran los del “vacío” físico, disputándole el destino del “suburbio aireado”.

Para los nuevos visitantes fueron realizadas Casas de Baño que no representaban como en Buenos Aires o La Plata una alternativa a la playa sino otro

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ *La Mañana*, La Plata, 4 de noviembre de 1896.

¹⁹ *La Mañana*, La Plata, 13 de noviembre de 1896.

²⁰ Francisco Piria, citado en Martínez Cherro, Luis; *op. cit.*, p. 56.

atractivo más. Uno de estos complejos higiénicos, sociales y recreativos, precursores de los clubes modernos, en los que se ofrecían diversas formas de entrar en contacto con el agua dentro de un espacio cubierto (ya sea en piscinas, bañeras o duchas), fue realizado en inmediaciones del Hotel Nacional, por el financista español Emilio Reus, mientras aún mantenía su sociedad con Piria, entre las calles Piedras, Guaraní y la bahía.

A aquella clásica denominación de *villegiatura*, a la cual su exclusiva referencia espacial, las villas, limitaba su capacidad identificatoria de las prácticas de las elites que más empezaban a interesar a los inversionistas uruguayos como eran las que tenían lugar en la playa, el concepto moderno de turismo opondría una superadora noción abstracta de movimiento circular: de la raíz italiana *tornare* proviene el posverbal francés *tour*, vuelta, y la expresión *faire le tour*, dar una vuelta. Ella originó en el siglo XVII la expresión inglesa *to make a tour*, que designó a la incipiente costumbre de la nobleza inglesa de visitar en el continente a Alemania y Francia, de donde derivó en el siglo siguiente la directa asimilación de *tour* con viaje, y a partir de allí *touring* con la acción de viajar. El concepto de *touring* llegó al Río de la Plata a comienzos del siglo XX a través de una red de clubes que, con ese nombre, contribuyeron a otorgar un reconocimiento institucional al uso del tiempo libre que acompañaban la progresiva reducción de las horas de trabajo. Estos clubes fomentaron el contacto con la naturaleza estableciendo recorridos en “velocípedos” y luego en automóviles, para lo cual eran señalizados puntos de interés y distancias entre localidades.²¹ Asimismo alentaron el desarrollo de carreteras, organizando comisiones de vecinos en distintos pueblos con el fin de estimular la demanda, reunir recursos económicos, y finalmente requerir la asistencia técnica y la realización efectiva a las autoridades públicas. Con la noción de turismo aparecía un nuevo término en el idioma que identificaba la introducción de ideas en la conciencia social, donde, una nueva actividad para ser desarrollada en el tiempo libre, dejando progresivamente de ser sólo un privilegio burgués, demostraba el progresivo paso de un imaginario —del que participa Piria— que impugnaba el consumo a otro que lo legitimaba y más aún lo alentaba.

Ya el vacío de la playa y el interés que despertaba, especialmente en la elite porteña, comenzaba a ser un aliciente para que Piria comience a ir llenándolo con emprendimientos para una nueva cartera de clientes. Y como en Piria ninguna de sus operaciones dejó de estar acompañada de ejemplarizadores “profe-

²¹ Véase Jacobs, Raúl; *op. cit.*, p. 92.

siones de fe” que daban cuenta de los amplios beneficios generales que de ellas se desprendían, el turismo ahora era una práctica éticamente aceptada y deseable dentro de una incipiente sociedad de consumo. Con esta moderna noción, se eliminaba la culpa por el “despilfarro” que hacían las elites al abandonar temporarily la ciudad, y que tenía en el juego, en cualquiera de sus formas, la más clara y repudiable manifestación.

La nueva actividad estimularía una verdadera “conciencia turística” en los uruguayos, donde ya no sólo inversionistas sino también y fundamentalmente figuras clave del Estado, convertidas en “espejos públicos” de la sociedad²² terminarían configurando un proyecto de país que tenía en el turismo un elemento fundamental de su economía.²³ Ilustran esta preocupación conceptos contenidos en la carta que enviara Batlle y Ordóñez, a Domingo Arena desde París, en 1907, luego de finalizada su primera presidencia: “no puedo menos que pensar con frecuencia en las enormes ganancias que nos proporcionaría el atraer a nuestros baños, todos los años, a una gran masa de argentinos. Los gastos que haga Montevideo para embellecerse y ofrecer comodidades en la estación balnearia, serán siempre un buen negocio, aunque parezca un lujo”.²⁴

Con Batlle, el estricto disciplinamiento social como punto de partida para el establecimiento de importantes reivindicaciones consagradas por el “coloradismo progresista” y su modelo fuertemente estatista, llegaría también a las costas con una “ramblamanía” que permitiría conectar sucesivas playas. Pero mientras el Estado e inversores privados se ocu-



²² Véase Caetano, Gerardo; “Lo privado desde lo público. Ciudadanía, nación y vida privada en el centenario”, en Barrán, José Pedro; Caetano, Gerardo y Przecanski, Teresa (comp.), (1998) *Historias de la vida privada en el Uruguay*, Taurus, Montevideo, pp. 18-60.

²³ A pesar de haber sido asociado a la implementación de un modelo industrialista, “para el batllismo, el país productivo no se oponía al prestatario de servicios”, Jacobs, Raúl, *op. cit.*, p. 13.

²⁴ *Idem*, p. 92.

paban de la explotación turística de las playas, Piria continuó su descomunal proceso de subdivisión de la tierra, ofreciendo “aire puro” a los sectores populares, hasta fundir distintas localidades periféricas por la acción de remates que respondían a las exigencias de expansión provocadas por el gran crecimiento demográfico. En este sentido si el “modelo Batllista”, que asignaba un papel central a la educación para dirigir desde allí un disciplinamiento, que trascendiendo la preocupación clasista por mantener un status —como se reflejaba en la oligarquía argentina—, asumía características igualitarias y “jacobinas”,²⁵ sustentado por la fuerte supremacía de lo público sobre lo privado, de lo colectivo por sobre lo individual, de lo uniforme por sobre las diferencias a partir del funcionamiento de un conjunto de instituciones modernas que normatizaban una sociedad “hiperintegrada”;²⁶ el accionar de Piria da cuenta de uno de los escasos espacios que no fueron alcanzados por ese disciplinamiento. La adquisición de la ciudadanía a partir de la inserción en un sistema político bipartidista (blancos y colorados), como exigencia fundamental para normatizar una sociedad aluvial, y a partir de ahí iniciar uno de los más importantes procesos de ampliación de derechos sociales por parte del Estado a comienzos del siglo XX, tenían su contraparte privada en Piria y en su rol asignado a la tenencia de la tierra, que no se cansaba de ofrecer como “Carta de Ciudadanía” para inmigrantes no naturalizados.

Las discontinuidades en el orden geométrico del trazado de Montevideo reflejan entonces uno de los reducidos ámbitos en los que intereses privados sólidamente afirmados antes de alcanzarse la organización nacional, pudieron resistirse a la aceptación pasiva del modelo político y social impreso por el batllismo, y donde la acción del Estado como garante de orden evidenciaba alcances mucho más limitados que los de la ciudad de Buenos Aires en el proceso de expansión de su cuadrícula igualitaria.²⁷ Diferencias que encontrarían un

²⁵ En la relación entre Estado y sociedad, de acuerdo al grado de preeminencia que uno ejerce sobre el otro, puede entenderse la acción política como el resultado de la aplicación del principio jacobino o el principio polifónico. Mientras en el primero las identidades se subliman en nosotros neutralizado y legalizado, de acuerdo a un concepto de ciudadanía que resulta de entender la asociación política como reunión de individuos libres e iguales, el principio polifónico atiende a la diversidad de matices, donde el nosotros debe legitimarse ante las instancias particulares por su capacidad agregadora. Unitarios y colorados son representantes de la concepción jacobina. Federales y blancos de la polifónica. Véase Pareja, Carlos, (1989), “Polifonía y jacobinismo en la política uruguaya”, en *Cuadernos CLAEH* n° 49, Montevideo, pp. 61-84.

²⁶ Véase Caetano, Gerardo; “Lo privado desde lo público. Ciudadanía, nación y vida privada en el centenario”, *op. cit.*

²⁷ Si por el éxito del “modelo batllista” tuvo un profundo arraigo el principio jacobino en la política uruguaya, y las mayores diversidades regionales provocaron en cambio una mayor preeminencia del

contraste mucho más tajante aún comparando a la traza resultante de Montevideo con las características físicas de La Plata y a su trazado urbano ligado, como el origen mismo de la ciudad, a la imposición de un orden totalizador desde una excluyente vía estatalista.

El originario núcleo amurallado de la colonial “ciudad vieja” de Montevideo, había tenido un inicial ensanche cuando el gobierno republicano agregó la cuadrícula de la “Ciudad Nueva” (proyectada por José María Reyes en 1829 hasta la calle Yaguarón en un sector que contó también con las intervenciones de Carlo Zucchi). Cuadrícula que, junto con la de La Plata, Sarmiento tomó como ejemplo a seguir antes que Buenos Aires inicie sus más importantes transformaciones urbanísticas.²⁸ Luego, el sitio de Montevideo provocó el surgimiento espontáneo de pueblos periféricos en torno a caminos que partían de Montevideo y en 1878 se trazó el Bulevar de Circunvalación (Avenida Artigas) estableciéndose una normativa para extender hasta allí el amanzanamiento regular en lo que sería la “Ciudad Novísima”. Si la normativa del Estado fue acatada, aunque parcialmente, en la “Ciudad Novísima”, donde se hallaba la Playa Ramírez, fuera del Bulevar de Circunvalación que delimitó un área que no tardó en verse desbordada, las “polifónicas” pautas de crecimiento urbano que englobaron a Pocitos y otras playas, las fijaron rematadores como Piria con operaciones que se anticiparon al control del Estado.²⁹ Los intentos posteriores por regularizar la traza de Montevideo, sólo tuvieron éxito en intervenciones particulares como la que permitió levantar el Palacio Legislativo y abrir una nueva y haussmaniana vía de comunicación hacia él, la Avenida Agraciada, crear grandes Parques o llevar a cabo la rectificación formal de la costa con la ya mencionada operación de creación de ramblas, mientras que, en cambio, propuestas como las surgidas del Concurso convocado para la realización de un Plan Regulador a partir del trazado de Avenidas en 1912, nunca pudieron implementarse. Aún en 1919, la revista *Arquitectura* de Montevideo, seguía

principio polifónico en la Argentina, la forma en que ambos países construyeron sus respectivas metrópolis marca en el plano urbanístico el punto en el que quizás con más fuerza se reconoce la alteración de la hegemonía ejercida por aquellos modelos. Gorelik ha demostrado cómo a fines del siglo XIX una idea de orden que definió un límite, un centro y una expansión a partir de los artefactos culturales y físicos de la grilla y el parque se sobrepuso desde una “modernización reformista” a intereses particulares. En tanto que luego de la insuficiente extensión de la “Ciudad Nueva”, en Montevideo no pudo ser llevada a cabo una estrategia integral de “disciplinamiento” del espacio físico con criterios homogeneizadores de la sociedad, más allá de parciales operaciones, aunque efectivamente esa estrategia global haya sido planificada.

²⁸ Luego, y ya refiriéndose a las intervenciones iniciadas por Torcuato de Alvear en 1887 en Buenos Aires, Sarmiento se preguntaba: “De dónde sale el Lord Mayor (se refiere a Alvear) con sus bulevares y amplias plazas? De Montevideo que indica el movimiento [...] de Mendoza, de Palermo”. Véase Gorelik, Adrián, (1998), *La grilla y el parque*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes.

²⁹ Véase Álvarez Lenzi, Ricardo; Arana, Mariano y Bocchiardo, Livia; *op. cit.*

reclamando por un Plan Regulador, debido a que la ciudad había “crecido anormalmente extendiéndose al azar, o a impulso de caprichosas y –con frecuencia– interesadas iniciativas de propietarios guiados por un propósito de excesivo lucro; que se han creado y formado barrios, con la más absoluta libertad, que atentan contra la higiene y la belleza urbanas; que se ha abierto sin orden ni regularidad calles de ancho exiguo; que se ha olvidado la apertura de plazas y demás espacios libres en el intrincado y compacto amanzanamiento existente”.³⁰

Por otra parte, cuando los rematadores privados que, como Piria, se encargaban de ocupar los espacios intersticiales de la traza, creando con total libertad formal nuevos barrios, avanzaron con su consecuente democratización del uso de la tierra hasta la costa,³¹ tanto argentinos como uruguayos comenzaron la búsqueda de exclusividad en otros destinos a partir de las mayores facilidades para movilizarse que generaba el automóvil, hasta llegar al mar con Punta del Este.

Para esa demanda que las carreteras y el turismo se encargaban de estimular, Piria también tenía preparada una respuesta adecuada. En 1890, mientras la crisis devoraba fortunas de una “clase ociosa” que lúdicamente dirimía su destino en la bolsa, Piria acrecentó la escala de sus inversiones en tierras. Tras desechar su originaria idea de adquirir la localidad de Caballito en Buenos Aires, cuando dejó la sociedad que integraba con el financista Emilio Reus –propietario de la Compañía de Crédito y Obras Públicas que realizó los “Barrios Reus” al Norte y al Sur de Montevideo entre 1887 y 1890, antes de jugar y perder en la bolsa–, compró una gran extensión de tierras en Maldonado que comprendían el Cerro Pan de Azúcar y la costa del Río de la Plata a la altura del primitivo puerto del Inglés, distante a unos 100 kilómetros de Montevideo. Si bien el turismo fue la última de las actividades encaradas dentro de una suerte de “ciudad-Estado” que diversificadamente explotaría las más grandes “riquezas desconocidas del Uruguay” para colocarlas al servicio de un inalterable deseo de “triunfar” en el mercado argentino, donde un establecimiento agronómico ocupado de vitivinicultura, tabaco y olivo, las actividades extractivas y el suntuoso “Castillo” del fundador, precederían a la explotación de la playa; en 1900 los primeros turistas encontraron un hotel funcionando en un barracón de madera adquirido en una exposición de Montevideo y cinco años más tarde el Hotel Piriópolis. Piria, que también inauguró en 1897 “Trouville Uruguayo” y en 1902 “Miramar”, ya contaba entre sus frecuentes viajes a Europa,

³⁰ *Arquitectura*, n° 30, 1919, Montevideo, p.1-2.

³¹ La playa, y las localizaciones que la elite había cualificado, también sirvieron para que el propio Piria continuara su labor especulativa dirigida a un cautivo mercado de “pobres”, incluso en Pocitos, donde promocionaba fraccionamientos que permitirían acceder a la propiedad a “la nobleza uruguaya ¡y a las lavanderas!”.

recorridos por las turísticas Ostende, Biarritz y San Sebastián, balnearios también visitados por distinguidas familias argentinas y uruguayas que, al desatarse la guerra en 1914, se vieron obligadas a reemplazar esos singulares destinos. Ese año Piria lanzó una intensa campaña publicitaria promocionando a Piriápolis en Montevideo mientras el rematador Bullrich hacía lo propio en Buenos Aires.

La deseada relación con Argentina para conformar un espacio económico trascendente al político, incluso modificando los límites de éste a partir de los alcances de aquel, tempranamente lo llevó a imaginar a su país conformando “no una anexión” de la Argentina que “choca al amor patrio”, sino una “confederación”,³² que retomaba la utopía sarmientina de Argirópolis. En efecto, lo que reaparece en Piria es esa fascinación por la red de comunicación como organizador de un espacio supranacional de librecambio pacífico, que había llevado a Sarmiento a imaginar en 1850 una Confederación de Estados con su Capital en el corazón del Río de la Plata —la Isla Martín García.

La utopía ahora se desplazaba de una isla a la costa uruguaya, y del Estado a los propósitos particulares perseguidos por un incansable emprendedor de grandes negocios urbanos, donde los intercambios rioplatenses promovidos para acceder al mercado argentino asumían la forma de una ciudad balnearia e industrial creada con el preciso fin de usufructuar los beneficios de un espacio económico supranacional.

Los fuertes deseos de integración alcanzaron también a las características del trazado urbano que en 1893 Piria le encargó a Alfredo Lerena: el proyecto resultante consistió en una cuadrícula igualitaria de 667 manzanas de 100 metros de lado, con diagonales principales y secundarias y una ritmada sucesión de plazas cada seis calles. Una verdadera recreación del orden geométrico de La Plata en la costa uruguaya —que se prolongaría en el diseño de Salto, dos décadas más tarde—,³³ para ser llevada a cabo, paradójicamente, por quien desde su “polifonía” más había hecho por poner en cuestión el orden geométrico de Montevideo.

La defensa del capital rioplatense y la conquista de la “Atenas del Plata”

Desde una “moral del trabajo” que preconizaba la lógica productiva y acumulativa del capitalismo decimonónico, existían pocas razones que justifica-

³² Piria, Francisco, (1882), *Henry Patrick en busca del Pueblo Oriental*, op. cit., p. 18.

³³ Muchas de estas características geométricas se fueron desdibujando al iniciarse el loteo hasta tornarse prácticamente irreconocibles las similitudes. Plano N° 4.080, Archivo del Instituto de Historia de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de la República (material facilitado por las investigadoras Cecilia Ponte y Susana Antola).

ran el feriado, esto es aquello que literalmente significa “la interrupción del negocio”. Sin embargo, el turismo venía a dar una buena razón para mantener una tradicional institución introducida en el Río de la Plata por la Iglesia Católica, al generar en esa misma interrupción un nuevo negocio.

Para el “modelo batllista” los beneficios que el turismo reportaba al país no podían ser desaprovechados, y desde su igualitarismo “jacobino”, se buscó colectivizar las ventajas de esta realidad capitalista para que nuevos sectores sociales pudieran disfrutarla. A ello se sumó el direccionamiento hacia esa actividad del tiempo libre que residía en los tradicionales feriados religiosos, a través de acciones del Estado que desligaban la imbricada relación establecida entre feriados y fe. En una estrategia mucho más exitosa en la sociedad “hiperintegrada” del “Uruguay turístico” que en la heterogénea realidad argentina, el tiempo libre del trabajador agregó la jornada laboral de ocho horas a los tradicionales feriados consagrados a Dios y a los santos, los que, subordinados ahora al culto al turismo, resignaban sus connotaciones religiosas ante una sociedad estimulada a reemplazar sermones por ocio.

En la Argentina del 900, La Plata constituyó un espacio socio-cultural particularmente receptivo al afán secularizador desplegado en Uruguay. Mucho que ver en ello la presencia de la librepensadora uruguaya, María Abella de Ramírez, y su papel jugado en la construcción de una red laicista que operó a modo de puente favorecedor de las interacciones culturales en el ámbito rioplatense. Trasladada a La Plata para estudiar con la educadora norteamericana contratada por Sarmiento, Mary Olstine Graham, en la Escuela Normal de Señoritas, egresó en 1894 para pasar a desempeñarse en esta ciudad en el plano docente. Mientras sus periódicos viajes a Montevideo le permitían integrar el círculo de amistades de Batlle y Ordóñez, Domingo Arena y la socialista defensora de los derechos del niño y la mujer, Paulina Luisi; en La Plata, sus inquietudes pedagógicas tenían un calificado interlocutor connacional en Francisco Berra. La confluencia del vasto conjunto de preocupaciones educacionales y sociales, de las cuales aquel círculo de amistades y La Plata como espacio socio-cultural eran representativas, se plasmaría en una prolífica labor en la que su actividad docente dejó lugar para la organización de un precursor movimiento feminista en Sudamérica.

Desde su perspectiva liberal y laicista, María Abella de Ramírez, resaltó la necesidad de mantener la continuidad de los feriados católicos. Como “no se puede ir contra la corriente general sin exponerse a naufragar, o, en otros términos, exponerse a que le saquen los ojos, como al sabio que dijo que la tierra se movía”, proponía conservar esas costumbres que terminarían imponiéndose en la gente común por sobre el motivo que les dio origen.

“Son tan agradables los días de la Semana Santa, [...] que lo mejor es aprovecharlos sin entrar a discutirlos. A quien le vienen mal cuatro días de asueto? [...] Pienso que aunque el catolicismo pase (como pasan todas las instituciones cuando han terminado su misión) siempre se deberá conservar el reposo de Semana Santa; Santa Semana que se dedicaría a las diversiones tranquilas (paseos viajes de recreo, comida en familia), a la meditación, en una palabra a la independencia personal. Este ilustrado siglo XX ha de tener el poder de arrasar con todo lo que sea vano o injustamente incómodo —entre esas cosas la religión—, dejando en cambio, de las costumbres pasadas, aquellas que respondan a fines de utilidad o de recreo”.³⁴

Este cuerpo de ideas, expuestos en el diario *El Día* en 1901 y en el Congreso Internacional de Librepensamiento de 1907, es el que mejor resume las razones por las que en 1919 el presidente uruguayo, el batllista Baltasar Brum, promulgó la ley por la que se secularizaba la designación de los feriados: el 6 de enero pasó a Día de los Niños, el 8 de diciembre el Día de las Playas, el 25 de diciembre Día de la Familia, y la Semana Santa, Semana de Turismo.

Mientras esto sucedía en Uruguay, en 1919 la Argentina, en cambio, exhibía muchas más dificultades para garantizar el aumento del tiempo libre de los trabajadores, en el marco de un incipiente proceso de ampliación de la ciudadanía que no lograba sublimar valores cívicos colectivos sobre la injerencia de tradicionales instituciones. La realidad mostraba una situación abiertamente contrastante a la que podían haber imaginado liberales reformistas como Abella de Ramírez, donde, un convulsionado clima social del que surgió la “Semana Trágica”, otorgaba un creciente protagonismo a grupos nacionalistas y especialmente a la Unión Popular Católica Argentina, que fueron quienes “disciplinaron” una babélica sociedad desde la fe, congregando con ejemplarizadoras iniciativas a una elite aterrizada por lo que podían hacer obreros ocupando su tiempo libre en “injustificados” afanes revolucionarios.

Para el gobernador de Buenos Aires, el radical José Camilo Crotto, la “Semana Trágica” daba cuenta de la irrupción de fenómenos sociales nuevos, “ajenos a nuestro ser”, que obligaban a pensar en “robustecer el sentimiento nacional por medio de una educación adecuada, de tal forma, que ella sea el valladar insalvable para las agitaciones exóticas”. A ese fin estuvo dirigida la ampliación de feriados con un reaccionario sentido argentinizador que no podía resultar

³⁴ Abella de Ramírez, María, (1908), “Semana Santa”, *En pos de la justicia*, La Plata, Taller Gráfico Milano, pp. 47-48.

más contrastante de la simultánea estrategia turística del batllismo uruguayo: el 24 de mayo pasó a ser el día de la Bandera Argentina a la que debía rendírsele culto en todos los establecimientos educativos de la provincia de Buenos Aires.

La dramática forma en que se dirimía la “cuestión social” en la Argentina, movilizó también en Uruguay a los sectores más conservadores, para quienes la lucha contra el enemigo común que representaba el “peligro rojo” y su aliado local, el “modelo batllista”, llevaba a exponer indisimuladamente sus intereses clasistas como quizás no volverían a hacerlo en ningún otro período democrático, signados generalmente por su no visible –y sólo circunstancial– inserción en policlasistas partidos tradicionales. Aún sin alcanzar el grado de facciosidad de la “Liga Patriótica” y el papel central de la Unión Popular Católica Argentina, los conservadores uruguayos, en 1919 desafiaron el bipartidismo (blancos y colorados) y crearon su propio partido que buscaba articular la coyuntura favorable que se había creado a partir del “alto de Viera”,³⁵ con una reacción que procuraba la defensa del “capital en el Río de la Plata, porque no es sólo en Buenos Aires donde esa lucha se acentúa y cobra aspectos al parecer decisivos, sino que también es aquí (en Uruguay)”.³⁶ Las elecciones de diputados de 1919 (los primeros comicios en los que se aplicaban amplias garantías electorales en el Uruguay), contaron así con la Unión Democrática, partido que reunía a un grupo de notables empresarios, miembros de la Sociedad Rural, grandes industriales y comerciantes, entre los cuales se hallaba el propio Francisco Piria. En el programa de acción, la Unión Democrática sumaba al antirreformismo en materia social, el rechazo mismo a la actividad política, en el marco de un curioso divorcio establecido entre esa esfera y la económica que era producto del desprecio manifestado hacia ella desde hacía tiempo por las clases dominantes uruguayas. Desprecio exacerbado en Piria, a quien su inalterable convicción saintsimoniana, celebradora de un capitalismo tecnocrático, lo llevaba a anhelar una sociedad que posea “menos doctores y más ingenieros, menos política y más puentes y calzadas”.³⁷ Por obra de la Unión Democrática, Uruguay asistiría a la primera campaña electoral organizada con un criterio moderno. La capacidad

³⁵ El llamado “alto de Viera”, fue la primera crisis que debió afrontar el batllismo, cuando Feliciano Viera se impuso en las elecciones de 1916 con la consigna de colocar un “alto” a las reformas sociales. Véase Caetano, Gerardo, (1999) “Ciudadanía política e integración social en el Uruguay (1900-1933)”, en Hilda Sabato (comp.); *Ciudadanía política y formación de las naciones*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 405-430.

³⁶ “La Defensa Nacional”, citado en Caetano, Gerardo, (1982) “Los vaivenes de la estrategia conservadora”, *op. cit.*, p. 53.

³⁷ En este contexto la respuesta de Piria en un reportaje era por demás demostrativa: “Me pregunta usted mi opinión sobre política? Tenga usted entendido que yo, de lo único que no entiendo, casualmente es de eso”. A lo que agregaba: “me ha faltado el tiempo para algo en política, y en cambio me ha sobrado para ser ciudadano útil y de gran empuje como elemento de progreso”. *Ibidem*.

publicitaria de Piria en su tarea de rematador, era puesta al servicio de abundante avisos en medios gráficos y en la calles, como también en la sofisticada intervención de un avión lanzando panfletos que enmarcaban lo que sería la jugada fuerte de los conservadores uruguayos. Sobre 80.000 votantes Piria esperaba superar los 20.000 votos, muchos más que los 656 finalmente obtenidos que no alcanzaba siquiera al número de adherentes que firmaban las solicitadas de apoyo en los periódicos.³⁸

Para Piria entonces, la incursión política por medio de un partido conservador cuya finalidad central era articular intereses en pos de la defensa del capital en el Río de la Plata, no fue sino una manifestación más de su propósito de trascender al espacio geográfico uruguayo, a través del impulso en la región de una utopía supranacional de libre cambio.

El fracaso político no apartó a Piria de ese proyecto que continuó desde sus tareas comerciales y empresariales. Disipado del Río de la Plata el “peligro rojo”, Piria volvía sobre aquello que representaba su núcleo central de interés: el mercado argentino y los ya “disciplinados” sectores populares.

Desde Piriápolis, trataría de consolidar el papel preponderante de una “ciudad-Estado” que encarnaba una suerte de versión privada del modelo turístico e industrial del batllismo, ocupándose de servicios requeridos por Buenos Aires y sus “miles y más miles de *touristas*”. Para ello, en 1920, en una ceremonia que contó con la presencia del presidente Baltasar Brum, Piria inauguró las obras del hotel estratégicamente denominado “Argentino”, y la rambla “de los Argentinos”. Para completar ese direccionamiento, una vez habilitado, publicó 100.000 ejemplares de un folleto, de los cuales la tres cuartas parte se distribuyeron en Buenos Aires.

Pero el mercado argentino no se agotaba en el turismo. Desde que se instalara en 1890, Piria, en cuatro años había plantado 200 hectáreas de viñedos, olivos y tabaco, y forestado con numerosos eucaliptos, acacias y pinos toda la zona para proteger los cultivos del Pampero. Y aunque a la postre, sólo esta vegetación se sobrepondría a plagas y negocios desafortunados para terminar conformando un tupido paisaje forestal acorde a las necesidades paisajísticas que acompañarían las actividades turísticas del establecimiento balneario, fue la producción minera, la que llevó a Piria a lanzar su más intensa estrategia comercial hacia la Argentina.

Un dato no menor es la verdadera obsesión que tenía Piria por el mármol y la piedra, que como el oro en la conquista del oeste norteamericano, operó a

³⁸ *Ibidem.*

modo de poderoso estímulo de su tarea exploratoria hasta culminar con la fundación de Piriápolis entre las canteras del Cerro del Pan de Azúcar. En su utópica descripción del Uruguay del futuro, además de prever la desaparición del “socialismo anárquico” que pugnaba por reducir las horas de trabajo, atacaba el capital y finalmente había sumido en un caos a la sociedad tras imponerse al “partido conservador que debió conducir a la humanidad al cumplimiento de sus grandes destinos por el sendero de la verdad”;³⁹ Piria asignaba un papel central al mármol y la piedra y las connotaciones ideológicas que podían atribuirse a su fastuosa exhibición en los edificios públicos.

Previendo lo que sería la Capital uruguaya en el 2098, Piria le atribuía valores a aquello que desde la perspectiva estatista a comienzos del siglo XX ya comenzaba a entenderse como un disvalor, esto es a la pérdida de la regularidad la traza por sus caóticos loteos, donde no existiría “aquella monotonía de las manzanas cuadradas a que rendían homenaje los hombres de mi época [...], cuando Montevideo era un juego de damas [...] todos cuadritos, siempre los eternos y monótonos cuadritos”.⁴⁰ Allí, un aristocratizante aura helénica, a tono con ciertas imágenes invocadas por el *Ariel* de Rodó (1900), emblematizan el ambiente republicano de una sociedad gobernada por lo que sería un “socialismo razonado”, donde pasado y futuro, tradición y modernidad, conservadorismo y socialismo, se funden bajo la forma atemporal del mármol. En el futuro, sería de ese material la Sede del Gobierno, con una alta escalinata y una fila de columnas de granito de 15 metros de alto que lo circundaría. También las instituciones de esta sociedad basada en la divinización de la moral de la humanidad cuyos símbolos quedaban reflejados en la arquitectura: el monumental Templo al Espíritu Universal, con un basamento de 33 escalones y sostenido por 400 columnas de pórfido; el Tribunal de Moral Pública, en “estilo griego puro, copia fiel y exacta del Partenón”, con bajorrelieves, columnas y muros de mármol; y el Ateneo, una biblioteca pública resuelta en “estilo pompeyano”, con 400 columnas de pórfido. Todo eso como también el granito utilizado en la realización del puerto, provendría de las “ricas canteras del Pan de Azúcar”, que proveía además “a todas las ciudades del Río de la Plata”.⁴¹

En este sentido, además del turismo el otro factor económico que para Piria auguraría la preponderancia de Piriápolis en el espacio económico del Río de la Plata, eran los recursos de sus canteras. Con ello volvía a situarse en sintonía con

³⁹ Piria, Francisco, (1898), *El socialismo triunfante. Lo que será mi país dentro de 200 años*, Montevideo, Imprenta artística de Dornaleche y Reyes, p. 107.

⁴⁰ *Idem*, pp. 62-63.

⁴¹ *Idem*, p. 274.

la convicción sarmientina que preveía para Argirópolis (la ciudad del Plata) un éxito seguro en la Isla Martín García, debido a la piedra que poseía puesto que “no hay gloria sin granito que la perpetúe”.

El destino de las canteras de Piriápolis sería indefectiblemente la capital argentina, o lo que a sus ojos era la “Atenas del Plata”. Una ciudad en la que, por amasarse “colosales fortunas de un día para otro” y desarrollarse paralelamente a ello “el refinamiento del gusto a pasos de gigante”, Piria sostenía que “debemos ir a triunfar con nuestros productos [...] e imponerlos por su belleza”.⁴²

En 1916, fue inaugurado en Piriápolis un nuevo puerto, tras autorizarse por ley, en 1907, que Piria lo construyera y lo explotara prácticamente a voluntad. A él confluían vías férreas que vinculaban directamente el punto de extracción con el de expendio con destino a Buenos Aires: “De cada variedad (de mármol) hay una montaña. Cada una tiene sus vías férreas y poderosos guinches eléctricos que conducen al puerto de una profundidad de 20 a 22 pies”. Piria entonces ofrecía “los ricos productos de las Canteras de Piriápolis” a Buenos Aires, “la ciudad donde, en materia de edificación se ejecutan las obras más colosales de Sudamérica” y que pagaba muy caro el mármol debido a las grandes distancias que la separaba de las canteras que existían en diversos puntos del interior de la Argentina, o de Suecia de donde había comenzado la importación. Los granitos, labradoritis y pórfidos de Piriápolis en Buenos Aires, cerrarían así “herméticamente la introducción a los materiales lustrados que se importan de Europa”.⁴³

En 1925 la inauguración del Palacio Legislativo de Uruguay debió significar un acontecimiento especial para Piria, más que por la fecha simbólica escogida por reunir en el aspecto material todos aquellos atributos que lo desvelaban: la escala monumental de la arquitectura clásica, una voluntad de expresar formalmente los deseos de asumirse portadores de la cultura helénica, y sobre todo el uso ilimitado de mármol procedente de “las ricas canteras de Piriápolis”, que aportó entre otras cosas “todos los pórfidos espléndidos que adornan el salón de Pasos Perdidos”. La otra gran obra del arquitecto italiano Víctor Meano, el Congreso Nacional en Buenos Aires inaugurado en 1916, tendría frente suyo el elegante marco de la Confitería El Molino, revestida también con el mármol de Piriápolis.

⁴² Piria, Francisco, (1913) *Riquezas desconocidas del Uruguay*, Montevideo, Tipografía El Arte, p. 5.

⁴³ “Los Argentinos que tienen un gran sentido práctico, están llevando de Europa cargamentos de granito ¡De Europa nada menos! ¡Y decir que nosotros podemos inundarlos!”. *Idem*, p.39.

La “moderna Versalles”

Tras la inauguración en 1919 de la Costanera Sur, la masiva concurrencia que el nuevo balneario inmediatamente atrajo, fue un claro indicio de una demanda de recreación de quienes en Buenos Aires no podían trasladarse más allá de donde llegaban líneas urbanas o suburbanas de ferrocarriles o tranvías, que sólo parcialmente había sido satisfecha.

La actividad recreativa fue otro de los factores en los que pensó Piria cuando, para complementar su inalterable intención de “inundar” el mercado argentino con el mármol de Piriápolis –sobre todo cuando abundaban en la Argentina manifestaciones de admiración por el Palacio Legislativo uruguayo y la consolidación de la “industria del mármol” en la costa oriental–,⁴⁴ en 1925 adquirió la estancia “Villa Elisa”. Piria entonces se quedó con cinco mil hectáreas, aledañas al casco urbano de la ciudad de La Plata y la costa de Punta Lara bañada por las aguas del Río de la Plata –donde Luis Castells (hijo) levantó su palacio en 1907–, a sólo 50 kilómetros de Buenos Aires.

Las tierras de Piria, se hallaban comprendidas en el heterogéneo territorio que mediaba entre Buenos Aires y La Plata, al que Ezequiel Martínez Estrada describió desde sus continuos viajes en tren como parte de una dialéctica en la que se corporizaba el punto de integración y a la vez de autonomía de ambas ciudades. Se trataba de un “latifundio que se visita en marcha” y que, aunque separaba dos entidades urbanas por “la variedad del paisaje” y el tiempo “una hora de campo despoblado, de selva y de llanura, veinte minutos de casas de campo”, estaba sin embargo “llamado a desaparecer como tal para que “Buenos Aires pueda extenderse hasta La Plata”.⁴⁵ En este sentido, y guiado por su inalterable propósito de insertarse en el mercado de Buenos Aires, el presagio de Martínez Estrada, no era ajeno a las previsiones de Piria y su afán de anticiparse a que ese “latifundio” quedara comprendido dentro de la expansión de la gran metrópolis.

⁴⁴ “La vecina República Oriental, está dando ejemplo de acierto con la construcción de un palacio destinado al Congreso Nacional en el cual se ha empleado, en todos los casos posibles, el mármol precioso extraído de yacimientos del vecino país. Ese mármol ha sido utilizado con magníficos resultados, en los muros y ornamentaciones dando lugar a que se haya formado personal competente en la extracción y transporte en las canteras, sucediendo otro tanto en la selección y tallado, lo cual ha terminado por dejar constituida la industria del mármol con inteligentes obreros y artistas en escultura que dan mayor realce a la materia prima extraída del yacimiento oriental”. *La Ingeniería* n° 609, 1925, Buenos Aires, p. 284.

⁴⁵ Martínez Estrada, Ezequiel, (1993) *Radiografía de la pampa*, México, Colección Archivos, p.225.

Si Piriápolis canalizaba en el puerto la salida de sus productos y el ingreso de turistas de buena posición, el complemento a esas actividades que podía encontrar en la Argentina, era otro puerto para desembarcar su mercadería cerca de un gran mercado consumidor y una playa para los sectores populares que no podían realizar traslados fluviales. Ambos factores concurrían en La Plata, ciudad a la que se refirió en uno de sus tantos folletos publicados, donde la relación de causalidad establecida entre los beneficios que reportaría a su creación urbanística uruguaya operar sobre la otra margen del río de la Plata, quedaba expuesta en el mismo título: *El embellecimiento edilicio de la Gran Capital Bonaerense o sea el triunfo de Piriápolis*.

La operación de desembarco de Piria en la Argentina encontró además a una ciudad que, desde su etapa inmediatamente posfundacional, había sido receptora de una importante colonia de uruguayos, al punto que el Censo de 1909 indicaba que el número de los individuos de esa nacionalidad sólo era superado por italianos y españoles. En 1888 el oriental Alberto Palomeque se sorprendió al ver que “la población de La Plata, en su mayoría, está formada por elementos de nuestra nacionalidad, que han sido arrojados allí por los vaivenes de la política personal que nos domina. [...] Son los verdaderos heraldos de nuestro malestar”.⁴⁶ La presencia uruguaya también se evidenció en la realización del puerto de La Plata, obra a la cual se destinaron varios cientos de miles de toneladas de piedra provenientes de la costa oriental, en canteras que explotaba el empresario Lussich en Montevideo, Colonia, Rosario y Sauce; siendo éste el antecedente directo de una de las operaciones impulsadas por Piria.

Precisamente el puerto de La Plata, tras su inoportuna inauguración que precedió a la crisis de 1890, era, desde hacía algunos años, objeto de propuestas de reactivación dirigidas a sacar a La Plata de la letanía en la que se encontraba. Se buscaba para La Plata consolidar un rol trascendente a sus funciones administrativas que reunía en su condición de Capital provincial, y a las que surgían de las connotaciones de su casa de altos estudios que, en su “edad dorada”, la convertía en la “ciudad universitaria” de Argentina. Las dos caras de una “ciudad modelo”, que ofrecía a su visitante la llamativa regularidad de su trazado urbano

⁴⁶ Entre las figuras destacadas en el plano local que menciona, se hallaban el escritor Acevedo Díaz, el industrial Muñiz, el ingeniero Sienna Carranza, los militares Juan Mena y Mateo Visillac. Véase Palomeque, Alberto, (1888) “De Ensenada a La Plata”, en Pedro Barcia, (1982) *La Plata vista por los viajeros, 1882-1912*, La Plata, Ediciones del 80 y Librerías Juvenilina. A ellos podríamos agregar el polifacético pedagogo Francisco Berra, la citada María Abella de Ramírez, y los Podestá, familia de actores que en 1888 levantaron en La Plata el Politeama Olimpo precisamente proyectado por otro uruguayo radicado en La Plata, el arquitecto Zaenhndorf. Mientras que en el plano literario, alcanza particular notoriedad la figura del uruguayo Florencio Sánchez.

y una intensa actividad científica como contraparte de su aún muy limitada vida social, quedaron sintetizadas en la impresión que recogió Albert Einstein en su visita de 1925, que lo llevó a elogiar la Universidad que se levantaba en lo que para él no era sino la “Brujas del Plata”, una recreación de la letárgica “ciudad dormida” belga. El puerto, en su escasa actividad y cierto abandono, era el símbolo de la potencialidad desaprovechada por una ciudad que transfería al futuro las decepciones del incumplido programa fundacional: el destino de grandeza se hallaba en el mañana; todo estaba por hacerse, y parecía creerse que sólo faltaba el concurso del genio humano que viniera a colocar a La Plata en el sitio que le correspondía.

La idea de que reactivando el puerto La Plata podría salir de su letargo para transformarse en una “ciudad industrial”, tenía su asidero en la infraestructura instalada como también en un creciente movimiento de inversores privados que buscaron una ventajosa alternativa a los onerosos costos operativos que tenía el ineficiente puerto de Buenos Aires. Desde el capital inglés surgió la radicación del frigorífico *The La Plata Cold Storage Limited*, sellando el definitivo ocaso de la actividad saladeril existente en la zona desde 1871, cuando por la epidemia de fiebre amarilla Juan Berisso se vio obligado a trasladar su establecimiento de la Boca a Ensenada. La tradicional actividad saladeril basada en la explotación del cuero, el tasajo y la lana, y la que complementariamente se organizó con mataderos locales para la exportación del ganado en pie, era sustituida por la producción de carne congelada para el consumo interno y la externo, en una notable transformación estimulada por la introducción de nueva tecnología para el enfriado. Más tarde esa transformación se profundizó cuando el paso del Puerto de la órbita provincial a la nacional marcó en 1905 la apertura a capitales norteamericanos que iniciaron la era de los frigoríficos en el Río de la Plata con las “catedrales del *corned beef*” que fueron instaladas: en 1907 el Swift compró el originario frigorífico inglés para rebautizarlo como *La Plata Cold Storage* hasta que en 1916 se convirtió en la Compañía *Swift* de La Plata, en tanto que muy cerca suyo en 1915 quedó habilitado el frigorífico *Armour*.⁴⁷

Los frigoríficos también se vieron comprometidos en los episodios de La “Semana Trágica” ante los que su reacción fue de lo preventivo a lo ostentatorio. Mientras el *Armour* dispuso de vigilancia extra tras ganarse los favores del gobierno nacional al proveer de carne a las tropas del general Dellepiane,⁴⁸ el *Swift*, se ocupó en ese mismo momento de buscar una zona libre de posibles

⁴⁷ Véase Lobato, Mirta Zaida, (2001) *La vida en las fábricas*, Prometeo / Entrepasados, Buenos Aires.

⁴⁸ *Idem*, p. 180.

conflictos para atender las necesidades recreativas de su planta jerárquica, habilitando, lejos del puerto, el *Swift Golf Club*.

El capital norteamericano ganaba nuevos mercados también en el inicio de una nueva era del turismo y del automóvil, que marcaba la supremacía mundial del motor a explosión y consecuentemente del petróleo, cuando el Estado argentino creó la empresa Yacimientos Petrolíferos Fiscales y decidió en 1925 instalar su destilería en el puerto, en 80 hectáreas ubicadas entre la dársena de maniobras y la ciudad de La Plata.

Acompañando la radicación de los primeros establecimientos de importancia, el Estado provincial en 1912 había concebido un vasto plan de “ciudad industrial” dirigido a reemplazar el carácter casi “exclusivamente burocrático” que poseía La Plata, instituyendo una “zona franca”, libre de gravámenes, durante un plazo de 15 años. Para el éxito de este plan, además de las ventajas del Puerto era invocado el hecho de que, conociéndose los niveles salariales inferiores de la mujer y el niño, ese sector en La Plata aún tenía una reducida incidencia en la producción: mientras en Buenos Aires la tarea industrial se componía del 17% de mujeres y 8% de menores, en La Plata, era sólo del 7,5% y 3,5%, respectivamente.

La zona franca del puerto de La Plata y las facilidades para la radicación ofrecidas por las autoridades, constituyeron entonces otro factor de atracción para Piria y sus emprendimientos capaces de articular respuestas en términos turísticos, y comerciales, pero también habitacionales e industriales.

El éxito relativo que hasta 1925 evidenciaba el proyecto de “ciudad industrial”, no logró plasmar la paralela “comunidad” esperada entre industriales y obreros, para que estos últimos alcanzaran “el cumplimiento de una de las aspiraciones más nobles del proletariado: la que se refiere a su vivienda amplia e higiénica”. Solución que se pensaba provendría “cuando las industrias radicarán sus núcleos obreros en Ensenada y también en Los Hornos, Villa Elisa y Circunvalación”. Sin embargo, en la medida en que crecía el carácter industrial de la zona portuaria, más acuciante aparecían las necesidades habitacionales de una ya numerosa colonia obrera, cuyos asentamientos en Ensenada se levantaban en gran número en edificaciones de madera levantadas en terrenos fiscales y otorgadas por el Estado en arrendamiento. Al otro lado del Puerto, junto a los frigoríficos se desarrolló otro asentamiento obrero de mayor magnitud —con características similares a las de Ensenada y agravadas por la existencia de numerosos conventillos—, que en 1919, ante la crisis social que tensó al máximo las contradicciones que impedían alcanzar la “comunidad” deseada entre industriales

y obreros, fue objeto de una de las “ejemplarizadoras” intervenciones de la Unión Popular Católica Argentina con la creación de la Mansión para Obreros, tan publicitada como ineficaz por tratarse de una limitada iniciativa y aún así solo parcialmente concretada.

En esas demandas habitacionales insatisfechas, residía también para Piria una gran oportunidad para implementar su exitosa estrategia de cooptar los sectores de bajos ingresos con la venta de lotes en cuotas para la construcción de la anhelada “casa propia”. Como contrapartida de la “costa obrera” de La Plata, la más alta jerarquía de funcionarios de la esfera pública y privada retomaba la costumbre de descansar en las quintas, ahora, valiéndose de la velocidad del transporte automotor que reasumía las viejas connotaciones del “consumo ostentatorio”, para instalarse temporaria o definitivamente en el “suburbio jardín”. Este sector comprendía la localidad de Villa Elisa, surgida de las originarias quintas de Castells y Uriburu, City Bell, fundada en 1913 y consolidada en 1925 cuando fue realizado un conjunto de *cottage* pintoresquistas y neocoloniales que le dieron su carácter en un ejido delimitado por la Estación del Ferrocarril Sud, y Adolfo Alsina –hoy Gonnet–, donde se hallaba el *Swift Golf Club*, en un amplio predio que más tarde el peronismo convertiría en la República de los Niños.

Todas estas localidades se sucedían sobre el camino inaugurado en 1913, a instancias del Touring Club y el gobierno provincial –que desde 1921 llevó el nombre de General Belgrano–, para unir La Plata y Buenos Aires, y que, durante más de una década, se constituyó en la única ruta pavimentada del país.

Las tierras adquiridas por Piria se hallaban entonces cerca de Buenos Aires, entre el casco urbano de una ciudad de 160.000 habitantes, la “zona franca” de su puerto”, un polo obrero conformado a uno y otro lado del puerto por frigoríficos en Berisso y la principal destilería de petróleo de Argentina en Ensenada, y el “suburbio jardín” de la elite local. Todos esos puntos de interés, confluían a través de distintas líneas ferroviarias a la estación situada frente al Palacio de Punta Lara, como también a otra ubicada dentro de su predio y cuatro más en sus límites. Las dimensiones de las tierras de Piria superaban el casco de la ciudad de La Plata, como también el área que ocupaba Buenos Aires hasta antes de extender sus límites en 1887, cuando poseía 4.000 hectáreas para albergar 400.000 habitantes.

De manera que el desarrollo turístico de este “latifundio” a urbanizar en manos de un hábil hacedor de negocios inmobiliarios sólo parecía requerir del trazado de carreteras para incentivar el traslado de quienes ostentaban mayores ingresos y acostumbraban a movilizarse en automóvil. Así fue que en marzo de 1925, Piria proyectó dos carreteras arboladas de acceso al balneario. Una de ellas de

7.000 metros de extensión y 25 metros de ancho, uniría la Estación Adolfo Alsina (hoy Gonnet) con el Palacio, para canalizar a través del “camino del Touring Club”, el flujo automovilístico procedente de Buenos Aires, La Plata y City Bell. A la importancia cuantitativa asignada a las dos grandes ciudades, Piria agregaba la de la nueva localidad que sumaba atributos paisajísticos al entorno de su propiedad: “surgida de improviso como por encanto, dentro de breve tiempo, en la colina frente a este vasto predio, es un verdadero ramo de rosas, sus chalets de vivos colores pintados, están alineados en inmenso número en la alta loma”.⁴⁹ Por su parte, la otra carretera de 10.000 metros de extensión, uniría la localidad de Villa Elisa con Punta Lara y desde allí bordearía la costa hasta llegar al Balneario. A partir de estas amplias facilidades de acceso, comenzarían a surgir de la frondosa imaginación de Piria, nuevas iniciativas ratificadoras del “porvenir colosal” al que estaba destinado el nuevo Balneario. Ubicado “a las puertas de Buenos Aires y lindando con el ejido de la ciudad de La Plata”, contaba con riquezas naturales “llena de encantos”. A “la playa más linda de pura y fina arena”, “con inmensos sauzales”, “y con aguas, sino completamente saladas, que irritan las pieles delicadas de nuestras atenienses, pero suficientemente para que las soporten y tonifiquen la tez”, se agregaban las 5.000 hectáreas de campos que para Piria cualificaban paisajística y productivamente dos canales, surgidos de la rectificación de arroyos que desaguan en el Río de la Plata. Para Piria los arroyos eran de provecho estético y económico, como lo era el “frondoso y navegable” Miguelete —que une el Paseo del Prado con la Playa Capurro— en torno al cual también vendió solares. Pero además de esas valoraciones paisajísticas, y fundamentalmente para articularlos con la importancia atribuida a la explotación agrícola y los deseos de atraer industrias derivadas de esa actividad en la zona franca, los canales que surcaban sus tierras tendrían también importantes valencias en el aspecto productivo, prestando “un gran servicio de irrigación para las Chacras en que se va a dividir, ubicada en tierras de gran fertilidad. Casi todas estas Chacras de 5, 10 y de 20 y más hectáreas, tendrán tomas de aguas de los canales, y se venderán a largos plazos y pagaderos en pequeñas mensualidades; cada una con su correspondiente molino para tener irrigaciones abundantes”.⁵⁰

Otro atractivo de la propiedad de Piria, lo constituía el elemento arbóreo y ese extraño contraste entre la selva marginal y un palacio borbónico, que ante sus ojos constituían inmensos bosques circundantes de una “moderna Versailles”.⁵¹ A esta

⁴⁹ Piria, Francisco, (1925) *El embellecimiento edilicio de la Gran Capital Bonaerense o sea el triunfo de Piriápolis*, Montevideo, p. 25.

⁵⁰ Piria, Francisco, (1925). *Idem*, p. 23.

⁵¹ *Ibidem*.

oferta paisajística, Piria agregaría respuestas a las ya tradicionales demandas turísticas, y también innovadoras atracciones modernas. Con este propósito fue proyectada la construcción frente a la Estación del Ferrocarril de un “Hotel colosal con todo el confort moderno, y con todas las comodidades deseables y centenares de baños termales”,⁵² el reacondicionamiento del “monumental y a la vez elegante Palacio” que levantara Castells, para convertirlo en “el gran centro de reunión”, “un lujoso Casino, con grandes terrazas, franqueadas de ricos mármoles, en donde se reunirá la elite que afluirá a la bella localidad”,⁵³ y la construcción de un autódromo, ubicado a poca distancia del gran Hotel y del Casino, que “ocupará una extensión de 120 hectáreas”.

El Hotel y el Casino constituían dos programas ya indisolublemente ligados a las excursiones veraniegas de los argentinos que pueden remontarse al Tigre Hotel, que además, desaparecidas sus anteriores anatematizaciones moralistas hacia el juego, Piria integraba a su habitual. En cambio las competencias automovilísticas eran toda una novedad. Su muy reciente origen se vinculaba a la promoción del turismo y a los circuitos que hacia 1925 organizaba el Touring Club Argentino —junto al recientemente creado Automóvil Club y la asistencia técnica del gobierno— para promocionar las carreteras que iban siendo inauguradas, con pruebas que terminarían generando, por la asociación de esos términos, el Turismo de Carretera, la más característica de las categorías de automovilismo argentino.

Con sus habituales alardes histriónicos puestos al servicio de operaciones propagandísticas destinadas a exhibir respuestas para todas las necesidades y también de crear otras nuevas, el muy convincente discurso de Piria incurre en exageraciones, osadas predicciones y afirmaciones capaces de desdoblarse en un plano concreto y otro figurado. En estos términos puede entenderse el rimbombante anuncio de que “en Punta Lara se construirá el puente y pondrá en perfecto estado el camino que conduce al ¡Balneario de La Plata!”.⁵⁴

Frustraciones y expectativas

Una conjunción de factores adversos, que a la larga acentuarían la casi irreversible situación, se volvieron contra los propósitos de desarrollar La Plata por medio de la reactivación de su puerto y la puesta en valor de su borde costero

⁵² *Ibidem*

⁵³ Piria, Francisco, *op. cit.*, p. 24.

⁵⁴ *Ibidem*.

impulsada por Piria. Si en 1925 se habían abierto importantes expectativas a partir de emprendimientos que permitían imaginar un destino industrial y turístico, ellas prácticamente parecieron cerrarse definitivamente ese mismo año. El paso de la euforia con que se recibían iniciativas reactivadoras a la decepcionante constatación de la incapacidad de romper la fuerte relación de dependencia mantenida con Buenos Aires, fue tan fugaz como incontrastables los perjuicios de esa relación en el plano ambiental.

Para cuando Piria adquirió las tierras de Punta Lara, los desagües cloacales de la Capital Federal que alcanzaban a los 600.000 m³ diarios, eran vertidos en Berazategui, localidad distante a unos pocos kilómetros de La Plata. El desarrollo de la microbiología y los estudios que podían realizarse en una Universidad con una ya afirmada tradición científica, permitían determinar con cierta precisión cuánto afectaba las aguas esta sistemática operación. Incluso el conocimiento científico de la “ciudad universitaria” permeaba una proto-conciencia ambiental ciudadana, que reclamaba por los derechos que tenían quienes carecían de alternativas recreativas a su concurrencia a Punta Lara, al no verse afectados por contraer eventuales enfermedades infecto-contagiosas. En enero de 1925, desde *El Día* se sostenía que debían cuidarse esas aguas, “precisamente porque las utiliza la gente pobre. Los ricos no irán allí a bañarse. Ellos se cuidarán por sí solos”.⁵⁵ Comprobada la existencia del microbio del tifus, las autoridades restringieron el uso del balneario, “así pues, epilogó un sueño dorado”.⁵⁶ Sin embargo y cuando a pesar de las recomendaciones el público siguió concurriendo, las autoridades menos interesadas por preservar la salud que la moral, levantaron la prohibición para implantar en cambio una rígida Ordenanza que prácticamente reproducía 38 años después el Reglamento marplatense: se debía usar traje completo que cubriera el cuerpo “desde el cuello hasta la rodilla inclusive”, nadie podía “detenerse en la playa (entiéndase a mirar) sin causa ni justificación”, se debían observar la mayor composturas en los modales y lenguajes, y los horarios de baño eran sólo de 5 a 12 y 15 a 19 horas.

Pero la situación ambiental, se agravó más aún cuando en diciembre de 1925 quedó inaugurada la Destilería de Petróleo y con ella un factor de progreso que proveyó de importantes fuentes de trabajo aunque a un costo que por entonces nadie llegó a imaginar. El puerto de La Plata, por los desechos de petróleo fue convertido en “puerto de inflamables” y la posibilidad de diversificar sus actividades se redujeron en la medida en que se acentuaba su carácter de “vacadero”

⁵⁵ Sagastume, José, “Urbanismo platense”, *El Día*, La Plata, 23 de enero de 1925.

⁵⁶ *El Día*, La Plata, 22 de febrero de 1926.

del puerto de Buenos Aires. Ya sea por recepcionar los detritus de la metrópolis o por la riesgosa manipulación del crudo que de Buenos Aires era derivada, La Plata asumía un subsidiario y por demás limitado rol.

La contaminación de las aguas fue así un impensado llamado de alerta, del cual el propio Piria, con la pragmática capacidad de volver rápidamente sobre sus propios pasos que lo caracterizaba, fue quien desmontó por *motu proprio* un negocio de dudosa confiabilidad –como lo había hecho antes con otro emprendimiento en Avellaneda– y no disposiciones burocráticas como lo indica un viejo mito popular local. Tampoco el puerto de La Plata ofrecía garantías para realizar las operaciones comerciales que más le preocupaban ni el mármol poseía las valencias atemporales que le atribuía Piria para conquistar el mercado de una metrópolis que había dejado de ser vista como la “Atenas del Plata” para convertirse en “la Cartago de Sudamérica” y donde el protagonismo de ese material se reducía en la medida en que otros, al servicio de una progresiva tendencia a la síntesis formal, irían reemplazando con la abstracción al “estilo pompeyano”. La explotación agrícola y el loteo para sectores populares evidenciaron su carácter complementario con el que fueron entendidos, dentro de una operación que perdió el sustento básico del que había surgido, y donde además, litigios con propietarios linderos insumieron buena parte de sus energías.

Finalmente Piria, a los 78 años prefirió el más seguro de los negocios que había generado pensando en el mercado argentino, el único que exitosamente se mantenía en pie en Piriápolis, como lo era el turismo. Para eso aceleró la construcción del Hotel Argentino con capacidad para 1.200 personas que quedó habilitado en 1930.

La celebración del golpe de Estado en 1933, que agudizaría la crisis del “modelo batllista” y del que sólo saldría indemne el “Uruguay turístico”, fue una de las últimas manifestaciones públicas que se conocieron de Piria antes de su muerte.

Sus descendientes en la otra orilla del Río de La Plata, iniciaron sucesivos loteos a muy bajo costo en Punta Lara, y donaron a las autoridades provinciales el viejo “Palacio de Castells” con la condición de que sirva de Residencia del Gobernador. El deterioro ambiental del balneario, al que los especulativos y caóticos fraccionamientos de tierra contribuyeron a acrecentar, hicieron de aquel último alarde de presunción familiar una nueva utopía. Para entonces nadie sensatamente podía tomar en serio el compromiso de que el Gobernador residiría, cuando menos temporariamente, en medio de una selva marginal, frecuentemente inundable, con playas bañada por aguas empetroladas y residuos orgáni-

cos, y cuyo incipiente desarrollo urbano obedecía preponderantemente a muy precarios asentamientos.

Para entonces, ya se había consolidado el mar como un factor que hacía prevalecer decisivamente las preferencias de los turistas, y Mar del Plata con la progresiva democratización de su uso y Punta del Este como reducto del exclusivismo rioplatense, reducían el margen para ofrecer otras alternativas turísticas en la costa del río.

Luego del fracaso fáctico de Piria en la Argentina, que era también paralelo al del desarrollo de la ciudad de La Plata a partir del mayor grado de autonomía respecto a Buenos Aires que le conferiría su actividad turística e industrial, reapareció el Puente binacional y con él las ilusorias expectativas rioplatenses de trasladar la democratización del ocio a la costa oriental y de ampliar los negocios en la costa argentina.